

ISAAC

3

ASIMOV

Magazine

250 PTAS.
(IVA incluido)

Guerra tibia
por Frederik Pohl

- Alan Dean Foster
- Martin Gardner
- Sharon Webb



Desde su aparición en 1977, el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, avalado por el más prestigioso autor del género, ha venido publicando la mejor y más reciente producción de relatos de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial del que, en estas selecciones, ofrecemos mensualmente lo más destacado.

Esta tercera selección incluye una novela corta de Frederik Pohl situada en un inquietante futuro inmediato, un relato acertijo de Martin Gardner sobre la impredecibilidad del porvenir y narraciones de Jayge Carr, Alan Dean Foster, Jonathan Milos, Stephen Tall y Sharon Webb.

Índice de contenido

Cubierta

Isaac Asimov Magazine 3

Prólogo

El regalo de un hombre inútil

Santuario

Contra reembolso

El estallido del ORÁCULO de Blabbage

Comezón en Bull Run

La cascada de agua fría y caliente

Guerra tibia

I

II

III

IV

V

ASIMOV

Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción, con sus frecuentes visiones inquietantes del porvenir, se inscribe en la corriente del pesimismo crítico. Pero lo cierto es que, por lo general, la ciencia ficción no pretende llevar a cabo profecías agoreras (ni de ningún tipo), sino más bien señalar los peligros a que nos exponemos de persistir determinadas tendencias actuales, y en este sentido el adjetivo «alarmante» (en su acepción literal: que da la alarma) es mucho más adecuado que el de «pesimista».

Como género eminentemente especulativo, la ciencia ficción se topa necesaria y constantemente con las contradicciones de nuestra sociedad. Contradicciones que no sólo son alarmantes, sino a menudo también cómicas (o tragi-cómicas, si se prefiere), lo que explica que el humor rara vez se halle ausente de la ciencia ficción.

No sólo la ciencia ficción humorística propiamente dicha constituye una nutrida e interesantísima vertiente del género, sino que, además, en numerosas narraciones no clasificables como estrictamente humorísticas juega el humor un papel importante.

Tal vez con la única excepción del patético y bellissimo relato de Foster, todas las narraciones de esta selección participan del humor en mayor o menor grado, y constituyen un variado muestrario de las distintas maneras en que

*la ciencia ficción puede hacernos reír, sonreír... o temblar y
reír al mismo tiempo.*

Carlo Fabretti

El regalo de un hombre inútil

Alan Dean Foster

El primer encuentro entre un terrestre y los habitantes de un mundo inexplorado ha sido, es y presumiblemente seguirá siendo uno de los temas básicos de la ciencia ficción, y cada vez es más difícil leer una narración de este tipo que resulte realmente sorprendente. En este sentido (y en alguno más) el relato de Foster es una pequeña joya en su género.

Tanto Pearson como la nave estaban acabados.

No lo había imaginado cuando la había alquilado (sin intención de devolverla y sin preocuparse de revisarla previamente, puesto que tanto la tarjeta de crédito que había empleado para pagar el alquiler como la documentación que le identificaba como titular de la misma estaban falsificadas); además, había tenido demasiada prisa como para poder entretenerse en revisiones.

La nave había dado el Salto sin desmontarse; pero cuando había vuelto al espacio normal había descubierto que varios componentes, pequeños pero críticos, habían resultado dañados.

Ahora, todo lo que quedaba de la nave era una columna de humo y metal vaporizado que se elevaba hacia un cielo azul pálido. Ni siquiera tenía ánimos para maldecirla.

Sabía lo que era estar acabado y, por lo menos, la nave lo había eyectado... aunque no con la suavidad necesaria para ponerlo a salvo. Estaba vivo, sí, pero esto no era suficiente. Lo único que ahora notaba era un cansancio sin límites, una fatiga que le embargaba el espíritu. Un abotargamiento de su alma misma.

Sorprendentemente, no sentía dolor. Por dentro, Pearson continuaba funcionando. Por fuera, podía mover los ojos y los labios, arrugar la nariz y, con un tremendo esfuerzo, levantar su brazo derecho del llano y arenoso terreno. Su rostro ya no era simplemente una pequeña parte de un todo muy expresivo: era lo único que le quedaba. El aspecto que tenía el resto de su cuerpo, envuelto en los restos de lo que había sido su traje de vuelo, era algo que sólo le cabía imaginarse. Y no quería imaginarlo. Sabía que tenía intacto el brazo derecho, porque podía moverlo; fuera de esto, todo era pura especulación, y, además, mórbida.

Si tenía suerte, mucha suerte, podría usar su brazo derecho para ponerse de costado. No se molestó en realizar aquel esfuerzo. Ya no había ninguna ilusión, desde luego ilusiones no, rondando por la mente de Pearson. Al borde de la muerte, se había convertido en un auténtico realista.

Aquel mundo al que había impuesto su presencia era muy pequeño; de hecho, apenas si era más grande que un asteroide. En silencio, le pidió disculpas por cualquier daño que le hubiera causado con el impacto de su nave al estrellarse. Siempre estaba pidiendo perdón por algún daño que había infligido...

Respiraba, de modo que la delgada atmósfera era menos tenue de lo que parecía. Nadie lo encontraría allí; incluso la policía, que lo había estado buscando, acabaría por abandonar su persecución. Pearson era un criminal de poca monta. De hecho, ni siquiera era un verdadero criminal. Para lograr ese apelativo uno tenía que hacer algo que fuese medianamente dañino. «Criminal» significaba alguien peli-

groso, amenazador. Y Pearson resultaba simplemente irritante para la sociedad, algo así como un picorcillo.

Bueno, al fin había acabado con el picor: él mismo se había rascado hasta desaparecer, pensó, y le sorprendió descubrir que aún tenía la capacidad y las fuerzas necesarias para reírse.

A pesar de que el hacerlo le hizo perder el conocimiento.

Cuando recobró el sentido estaba empezando a clarear. No tenía ni idea de cuánto duraba el día en aquel minúsculo mundo y, por consiguiente, no podía saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Podría haber sido un día o una semana, según la forma de medir el tiempo de los humanos. Aunque ya no pensaba en sí mismo como un ser humano: una total parálisis muscular, que sólo había respetado su cara y un brazo, lo había convertido en un cadáver en vida. Le resultaba imposible moverse; ni siquiera podía tender el brazo para tomar los concentrados alimenticios del equipo de supervivencia que quizá llevase aún, o quizá no, sujeto a la pernera del pantalón. No podía hacer otra cosa que sorber la débil atmósfera que, temporalmente, le estaba manteniendo con vida. Hubiera preferido estallar con la nave.

No obstante, no iba a morir de hambre; primero se moriría de sed. Un cadáver viviente, Pearson. Un cerebro dentro de una botella. Esto le daba mucho tiempo para reflexionar acerca de su vida.

La verdad era que siempre había sido, más o menos, un cadáver viviente. Nunca había sentido afecto por nadie ni por nada, ni siquiera lo había sentido casi por sí mismo. No habiendo hecho nunca nada bueno y no teniendo los medios para hacer nunca nada realmente malo, se había limitado a merodear por la vida, robando un poco de espacio y aire a los demás.

Mejor me hubiera ido si hubiese sido un árbol, musitó cansinamente. Claro que se preguntó si hubiera sido un

buen árbol... Desde luego, no habría podido ser un árbol peor que lo malo que había resultado como hombre. Se vio en su juventud, un chico en cierta manera muy echado hacia adelante. Se contempló a sí mismo dando coba a los criminales más famosos y profesionales, con la esperanza de que lo admitiesen en su mundillo, en su casta, que se hicieran amigos suyos.

No, ni siquiera había sido un buen lameculos. Ni tampoco había sabido comportarse de un modo honrado, el par de ocasiones en que lo había intentado. El mundo normal, el legal, lo había contemplado con el mismo desprecio que le habían mostrado los criminales. Así que vivía en un vacío tenebroso y resbaladizo de su propia invención, sin terminar de funcionar de un modo eficiente en lo mental y apenas sí en lo físico.

Si pudiera... Pero no, se interrumpió a sí mismo; iba a morir. Más valía que, por una vez, se mostrase honesto... aunque sólo fuera consigo mismo. Todas las desgracias que le habían acaecido, él se las había buscado; él sólo. Y no eran culpa de los demás, como siempre le había agradado argumentar. Unos pocos (¡los muy desgraciados!) habían tratado de ayudarle: de algún modo, él siempre había logrado echarlo todo a perder. Bueno, ya que no otra cosa, al menos podría tratar de morir siendo honesto con sus pensamientos.

Había oído decir que morir de sed no era nada agradable.

El sol cayó por el horizonte y ninguna luna se alzó. Claro que no, aquel mundo era demasiado pequeño para poder permitirse tener un satélite. Ya resultaba bastante asombroso que fuera capaz de retener una atmósfera. Sin que realmente le preocupase mucho la respuesta, Pearson se preguntó si habría vida en el excelente y llano terreno que lo rodeaba. Quizá plantas. Había descendido demasiado deprisa y de tan mala manera, que no había podido emplear tiempo alguno en enterarse de esos detalles. Y, como no

era capaz de mover la cabeza, no podía hallar respuesta a sus preguntas.

El aire sopló por encima de Pearson, una fresca brisa nocturna, placentera tras el cálido y neblinoso día. La notó fuerte en el rostro; el resto de los receptores externos de su cuerpo estaban muertos. Era posible que hubiera sufrido graves quemaduras; si así era, no podía reaccionar a ellas. En este aspecto la parálisis era una bendición. Y, no obstante, sabía que otras partes de su cuerpo sí estaban funcionando: podía olerlo.

Cuando el sol se alzó de nuevo ya estaba despierto del todo. Calculó que el día de aquel mundo debía de ser de tres o cuatro horas, seguido de una noche de igual duración. Esta información no le era de ninguna utilidad, pero tales especulaciones le mantenían la mente ocupada. Poco a poco se estaba ajustando a su nueva situación... Se dice que la mente humana puede ajustarse a cualquier cosa.

Al cabo de un tiempo se dio cuenta de que ya no le preocupaba la idea de la muerte. En cierta manera le resultaría un alivio. Ya no más escapar: de los demás, de su pobre yo. Nadie iba a llorar su muerte. Y con su ausencia liberaría a los demás de las molestias de su presencia. Las primeras sensaciones de sed, débiles pero innegables, se apoderaron de su garganta.

Pasaron los cortos días y aparecieron algunas nubes. Nunca había prestado atención a las nubes y bien poca al clima; ahora tenía tiempo y motivos para estudiar ambas cosas. Además, no podía ver otra cosa. Se le ocurrió que podría emplear el brazo que le funcionaba para variar la posición de su cabeza y así cambiar su línea de visión. Pero, cuando lo intentó, descubrió que el brazo no le respondía lo bastante como para llevar a cabo la complicada maniobra.

Extrañas, las emociones que sentía: descubrió que la posibilidad de que se le paralizase el único miembro que

aún le obedecía le aterraba mucho más que la segura llegada de su muerte.

Las nubes se seguían acumulando sobre él. Las miraba indiferente. La lluvia podría prolongar su vida algunos días terrestres más, pero al fin acabaría por morir de hambre. Los concentrados del paquete de emergencia de su traje le podrían haber mantenido con vida durante meses, quizá más de lo normal, vista su total ausencia de actividad física; pero era como si se hubieran vaporizado con la nave: no podía alcanzarlos.

Su mente especuló sobre los posibles métodos de suicidio. Si su brazo le respondía y si hubiera un trozo de metal afilado cerca, un fragmento de su nave, podría cortarse el cuello. Si... si...

Llovió. Suave pero continuamente, durante todo medio día. Su boca abierta recogió la suficiente agua como para saciarle. Las nubes pasaron y se rasgaron y el lejano sol regresó. Notó cómo le secaba el rostro y supuso que estaría haciendo lo mismo con el resto de su cuerpo. Empezó a apreciar, de un modo distinto y más intenso, el milagro de la lluvia y del proceso por el que es transformada en sangre, linfa y células. Era un logro asombroso, anonadante; y él había pasado toda una vida dándolo por supuesto. Se merecía morir.

Estoy poniéndome filosófico, pensó. O deliro.

Cortos días daban paso a cortas noches. Había perdido totalmente la noción del tiempo, cuando lo halló el primer bicho.

Pearson lo notó mucho antes de verlo. Caminaba por encima de su mejilla. Le volvía loco, porque era incapaz de rascarse o de apartarlo de un manotazo. Cruzó su rostro, se detuvo y atisbo dentro de su ojo derecho.

Él parpadeó.

El cosquilleo prosiguió, luego no lo había alejado. Ahora lo tenía en la frente. Tras hacer una pausa allí, caminó hacia su mejilla izquierda, atravesándola, para reiniciar su ca-

mino primitivo. Por el rabillo de su ojo izquierdo lo vio, mientras llegaba a su hombro. Era negroazulado y demasiado pequeño para que él pudiera discernir detalles. Desde luego parecía un insecto.

Se detuvo en su hombro, estudiando los alrededores.

Quizá fuera mejor de ese modo, pensó. Sería más rápido si los bichos lo devoraban. Cuando hubiera sangrado lo bastante moriría. Y, si empezaban debajo de su cabeza, no sentiría ningún dolor hasta perder el sentido.

Silenciosamente, animó al insecto. ¡Ánimo, amigo! Tráete a tus tíos y tías, a tus primos y tus sobrinos, y daos un banquete, que Pearson invita. Será toda una bendición.

—No, no podemos hacerlo.

Deliro, supuso él, añadiendo luego:

—¿Por qué no?

—Eres una maravilla. No podemos comernos una maravilla. No somos lo bastante dignos.

—No soy ninguna maravilla —pensó él, insistente—. Soy un desecho, un fracaso, un absoluto fallo de la Naturaleza. Y no sólo eso —concluyó—, sino que además, aquí estoy hablando telepáticamente con un bicho.

—Soy Yirn, miembro del Pueblo —el suave pensamiento le informó—. No sé lo que es un bicho. Dime, maravilla... ¿cómo puede estar viva una cosa tan grande?

De modo que Pearson se lo dijo: le dio al bicho su nombre y le explicó lo que era la Humanidad, le habló de su triste existencia, que pronto iba a llegar a término, y le contó lo de su parálisis.

—Me entristezco por ti —le dijo al fin Yirn, miembro del Pueblo—. No podemos hacer nada por ayudarte. Somos una pobre tribu, una de tantas, y no se nos permite, según las Leyes, que nos reproduzcamos mucho. Tampoco acabo de comprender esas extrañas cosas que me cuentas acerca del espacio, el tiempo y el tamaño. Ya me cuesta trabajo creer que esa montaña dentro de la que yaces pudiera mo-

verse en otro tiempo. Pero, sin embargo, tú lo afirmas y yo debo creerlo.

Pearson tuvo un repentino y perturbador pensamiento:

—Hey, mira, Yirn. No te creas que soy un dios o algo así. Sólo más grande que tú, eso es todo. En realidad soy mucho menos que tú: ni siquiera supe ser un buen maleante...

—Ese concepto no tiene significado. —Yirn dio la impresión de estar esforzándose en comprenderle—. Eres la cosa más maravillosa de toda la creación.

—Tonterías. Dime... ¿Cómo es que puedo «hablar» contigo, visto que eres mucho más pequeño que yo?

—En el Pueblo tenemos un dicho acerca de que lo que es importante es el tamaño de la inteligencia, no el tamaño del tamaño.

—Sí, creo que tienes razón. Mira, lamento que seáis una tribu tan pobre, Yirn: y agradezco que te dé pena mi estado. Nadie había sentido pena alguna por mí antes... excepto yo mismo. Ya es mucho incluso el que un bicho muestre simpatía por mí.

Se quedó en silencio un rato, contemplando al bicho, que agitaba sus diminutas antenas.

—Me... me gustaría poder hacer algo por ti y por tu tribu —dijo al cabo—, pero ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo. Pronto moriré de hambre.

—Te ayudaríamos si pudiésemos —le llegó el pensamiento. Pearson tuvo la sensación de una tristeza fuera de toda proporción con el tamaño de aquel ser—, pero todo lo que pudiésemos reunir no te serviría ni para alimentarte convenientemente durante un solo día.

—Claro. Hay comida en el paquete de emergencia de mi traje, pero... —Se quedó en silencio. Luego dijo—: Yirn, dime si hay unos recipientes metálicos brillantes en la parte inferior de mi cuerpo.

Pasaron unos momentos, mientras el insecto hacía un viaje hasta el promontorio de una rodilla y regresaba.

—Son como tú los describes, Pearson.

—¿Cuántos sois en tu tribu?

—¿En qué estás pensando, Pearson?

A la tribu de Yirn le costó días, días locales, el abrir los cierres de los paquetes del traje. Cuando resultó claro que el Pueblo podía digerir los alimentos humanos, un gran regocijo mental llenó el cerebro de Pearson y se sintió satisfecho.

Fue un Yirn realmente humilde quien luego llegó a comunicarse con él:

—Por primera vez en muchas muchas generaciones, mi tribu tiene suficiente que comer. Nos podremos multiplicar más allá de las restricciones que las Leyes imponen a los desprovistos de alimentos. Uno de los grandes bloques que tú llamas concentrados puede alimentar a la tribu durante largo tiempo. No hemos probado los alimentos naturales que dices que están dentro del paquete mayor que está debajo de tu cuerpo, pero ya lo haremos. Ahora nos podemos convertir en una verdadera tribu, y no temeremos a esas tribus que roban a las más pobres. Y todo gracias a ti, gran Pearson.

—Con Pearson a secas basta, ¿comprendes? Si me vuelves a llamar «gran» te voy a... —hizo una pausa—. No, no haré nada. Incluso aunque pudiese... se acabaron las amenazas. Sólo Pearson, por favor. Y no he hecho nada por vosotros: ha sido tu pueblo el que se ha hecho con los alimentos. Es curioso, es la primera vez que pienso algo bueno de esos condenados concentrados alimenticios.

—Tenemos una sorpresa para ti, Pearson.

Algo se estaba arrastrando con lentitud infinita por su mejilla. Pesaba un poquito, más que el Pueblo. Lo vio al borde de su visión: un pequeño bloque marrón. Docenas de formas negroazuladas lo rodeaban. Podía sentir sus esfuerzos dentro de su mente.

El bloque llegó a sus labios y él los abrió. Algunos de los miembros del Pueblo se sintieron aterrorizados ante la

cercanía de aquel abismo, oscuro y sin fondo. Se dieron la vuelta y huyeron. Yirn y otros líderes de la tribu tomaron sus lugares.

El bloque pasó sobre su labio inferior. El Pueblo ejerció un último y monumental esfuerzo. Algunos de sus miembros fallecieron al realizarlo. El bloque cayó al abismo.

Pearson notó cómo le fluía la saliva, pero dudó.

—No sé qué bien me pueda hacer a la larga, Yirn, pero... gracias. Sin embargo, mejor será que te lleves a tu gente de mi cara. Dentro de un momento va a haber un terre... no, un Pearsonmoto.

Cuando se hubieron retirado a un lugar que ofreciera seguridad, empezó a masticar.

A la siguiente mañana llovió. Las gotas tenían el tamaño de las gotas de lluvia de la Tierra y representaban un terrible peligro para la tribu, si la lluvia les cogía a campo abierto. Unas gotas podían matar a alguien del tamaño de Yirn, pero toda la tribu tenía amplio cobijo en el espacio vacío que quedaba bajo el brazo derecho de Pearson. Muchas semanas más tarde, Yirn estaba sentado en la nariz de Pearson, mirando hacia abajo, a los oceánicos ojos.

—Los concentrados no van a durar siempre, y la comida real que hemos hallado en la «mochila» que está bajo tu espalda aún durará menos.

—No te preocupes. Creo que hay un par de zanahorias y un bocadillo que me había preparado: debe de llevar rodajas de tomate, lechuga, y creo que champiñones. Y también unas nueces. Os podéis comer el embutido y el pan; pero reservad algo de pan, quizá os podáis comer el moho que saldrá.

—No entiendo lo que quieres decirme, Pearson.

—¿Cómo os hacéis con la comida, Yirn? Sois simples recolectores, ¿no?

—Así es.

—Entonces, quiero que toméis las zanahorias, y el tomate y las otras cosas... ya os las describiré... y también